

Antonio de Ciudad Real

“De cómo salió el padre comisario otra vez de México en prosecución de su visita y a recibir al virrey”

p. 80-102

Antonio de Ciudad Real

*Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes*

*Tomo I*

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreras  
(edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

274 + [CC] p.

Mapas

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2797-8 (tomo I)

Formato: PDF

Publicado en línea: 14 de junio de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156\\_01/tratado\\_curioso.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_01/tratado_curioso.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

Detúvose desta vez el padre comisario en México hasta tres días de septiembre y en este ínterin sucedió lo que dicho es, **SEPTIEMBRE** 1585 y se concluyó la causa de fray Pedro de Zárate, por qué el provincial le había echado preso, pero no la otra de haberle descalabrado y de haberle tomado la llave de la celda y entrado en ella (no obstante su requerimiento), de la cual, según él después se quejó, le faltaron muchos papeles y recaudos.

Viendo el padre comisario los daños e inconvenientes que de estar en México el provincial se habían seguido, tan grandes y perniciosos, y que se seguirían otros mayores si allí le dejase durante la visita de la provincia, determinó sacarle de aquel convento y cibdad, y para que esto se hiciese sin nota (la cual procuraba evitar todo lo posible, como la evitó) y para que entendiese aquel pueblo que no había diferencias entre él y el provincial, concertó que ambos saliesen de México y fuesen juntos a recibir al virrey que se esperaba en aquella flota, y que primero visitasen ambos juntos al arzobispo y oidores y a los prelados de las órdenes; hízose todo así y todos quedaron muy edificados y recibieron muy grande contento y alegría, entendiendo que lo de dentro conformaba en todo con lo que de fuera parecía, y que con aquello cesaban las inquietudes y desasosiegos del provincial y sus consortes. Hízose este viaje como agora se dirá.

## [CAPÍTULO XII]

### *De cómo salió el padre comisario otra vez de México en prosecución de su visita y a recibir al virrey*

Miércoles cuatro de septiembre de ochenta y cinco, dejándose el padre comisario en México a fray Francisco Salcedo, el de Guatemala, salió de Santiago Tlatilulco, a donde había ido el día antes, camino de Tlaxcalla, de donde se había vuelto como dicho es, y llevando en su compañía a su secretario y al dicho provincial y a su compañero, y a fray Juan Cano el lego, llegó al salir del sol al pueblo de San Cristóbal Ecatepec. Al subir de la cuesta de Guadalupe aquella madrugada, por no llevar guía ninguna, anduvo un gran rato perdido con todos sus compañeros sin poder atinar con el camino, a causa de que por allí hay muchas sendillas y la obscuridad de la noche era muy grande; llegó a lo alto de la cuesta, y a la bajada hubo la misma dificultad y peligro no pequeño de despeñarse todos; pero quiso nuestro Señor que caminando muy despacio y con mucho tiento

bajó a lo llano y dio en el camino real sin daño ni peligro de ninguno, y por él llegó (como dicho es) a San Cristóbal, tres leguas de Tlatilulco. Pasó de largo, por ser tan de mañana, sin entrar en el convento, y andadas las otras tres leguas llegó a decir misa entre ocho y nueve al pueblo y convento de San Juan Teotihuacán, donde se detuvo todo aquel día.

Jueves cinco de septiembre salió de aquel pueblo el padre comisario casi de día, y por el mismo camino que a los catorce del pasado había llevado volviendo de Tlaxcalla a México, fue a dar al pueblo y convento de Calpulalpa, seis leguas de San Juan; pasó en ellas algunos malos pasos a causa de lo mucho que aquella noche y la tarde antes había llovido, especialmente uno en una barranca, no lejos de Otumba, donde fue menester apearse, y aun desta manera con dificultad podía subir ni él ni la bestia. Al pasar del portezuelo había otro mal paso en el cual cayó la bestia en que iba uno de los compañeros, pero ni él ni ella se hicieron mal ninguno. Allí en Calpulalpa se detuvo el padre comisario todo aquel día.

Viernes seis de septiembre salió de aquel pueblo, y pasando por las caleras, andadas aquellas cuatro leguas, llegó antes de comer a Hueyotlipan, donde se detuvo todo aquel día. Antes de llegar a las caleras sobredichas, a un español que en el mismo camino se había apeado, se le soltó el caballo que llevaba y se le volvía por el mismo camino de las caleras de donde él venía; él dio voces a los indios que llevaban el hatillo del padre comisario y de los demás para que le cogiesen el caballo porque iban delante y se le tuviesen, mas ellos o por no oírle como iban caminando y cargados, o porque no entendieron lo que decía, ni dejaron de caminar ni aun volvieron la cabeza atrás; pero otro indio que a la sazón llegó de través atajó el caballo y le detuvo y cogió, y se le entregó al español, el cual, encendido en cólera y borracho de enojo, subió luego en su caballo y tomando una vara al indio que se le había cogido, le puso las piernas y dio a correr a toda furia tras los pobres indios que iban cargados y bien descuidados, y allí en presencia del padre comisario los comenzara a dar de palos y pasara su furia más adelante, si fray Juan Cano, el lego, no fuera luego corriendo tras él, sospechando a lo que iba, y no le fuera a la mano, reprendiéndole de su desatino e injusticia tan grande. El español cuando le vio a él y a los demás frailes quedó espantado, y oída la reprensión que el padre comisario le dio por lo que había hecho, se volvió a su camino, aunque no del todo compungido, porque aún no se le había asentado la cólera. Hase dicho este caso en este lugar para que por él se vean los agravios y malos tratamientos que algunos malos cristianos hacen tan pú-

blicamente a los pobres indios, los cuales padecieran mucho más si los frailes no los amparasen y defendiesen.

Sábado siete de septiembre salió el padre comisario de madrugada de Hueyotlipan, y caminando por donde a la ida de Tlaxcalla a México había pasado, subió y bajó aquellas cuevas y pasó por el pueblo llamado la Trinidad, y queriendo pasar el arroyo que corre por allí cerca, no se atrevió y le fueron a la mano, porque llevaba mucha agua y iba muy recio y ahocinado, y así bajó a la puente que está en el camino real que va desde San Philipe a Tlaxcalla, y andadas cuatro leguas llegó temprano a la misma cibdad, donde en nuestro convento fue muy bien recibido y se detuvo hasta el lunes siguiente, sin tener nueva de la llegada de la flota.

Lunes en la tarde, nueve de septiembre, viendo el padre comisario que no había nueva de virrey ni de flota, y no queriendo estar ocioso, determinó proseguir su visita, y en prosecución della bajó al convento de San Juan de Tlaxcalla, que está en un barrio de la misma cibdad llamado Tutulla, y le visitó y se detuvo en él lo restante de aquel día y el siguiente hasta la tarde. Los indios de aquel barrio son tlaxcaltecas y hablan la lengua mexicana, pero tiene aquella presidencia algunos pueblos de visita de indios otomíes, otros son mexicanos, y todos caen en el obispado de Tlaxcalla. Está aquella casa situada entre dos ríos, en el camino que va de Tlaxcalla a San Philipe; el un río toma el apellido de Tlaxcalla y el otro de San Juan. No es más aquel convento de una casa pequeña de visita, de aposentos bajos, sin iglesia, con una razonable huerta, aunque sin agua; moraban allí dos religiosos. Llovió aquellos dos días mucho, y con el agua y por estar aquel convento entre dos ríos, como queda dicho, y ser las celdas en bajo y en lugar de sí húmedo, le dio al padre comisario un accidente tan recio y agudo, que se nos helaba y iba entre manos; fue menester subirle el mismo martes en la tarde al convento grande de Tlaxcalla, donde le aplicaron paños y otras cosas calientes a los pies y las piernas y al estómago por la parte de fuera, y con estos remedios, mediante el favor de Dios, volvió en sí y fue poco a poco mejorando, hasta que del todo estuvo bueno para poder proseguir la visita. Detúvose allí hasta el viernes siguiente, en el cual le dio a su secretario otra enfermedad muy recia y penosa, pero no por eso dejó de acompañarle y trabajar como sano en todo lo restante de la visita.

Sábado catorce de septiembre, dejando allí al provincial y a su compañero, y llevando por su *nauatlato* a fray Hierónimo de Mendieta, presidente de aquel convento, y a fray Francisco Salcedo para que ayudase a su secretario, salió el padre comisario general de Tlaxcalla ya muy de día,

y andada una buena legua, llegó a decir misa al pueblo y convento de Topoyanco, donde fue de los indios recibido con mucha solemnidad, devoción y alegría, y se detuvo hasta el día siguiente. La vocación del convento es de nuestro padre San Francisco; moran de ordinario en él dos religiosos; está acabado, con su claustro alto y bajo, dormitorios, celdas e iglesia; todo es pequeño pero fuerte, tiene una bonita huerta en que se dan duraznos, priscos, higos y otras muchas frutas, espárragos y todo género de hortaliza; riégase con una poca de agua que entra en ella encañada. El pueblo es grande y de muchos indios; tiene aquella guardianía otros muchos pueblos de visita; todos son del obispado y jurisdicción de Tlaxcalla y unos hablan la lengua mexicana y otros la otomí.

En aquella legua de Tlaxcalla a Topoyanco hay muchas casas y milperías y uno o dos pueblos, y entre el oriente y norte está no lejos del camino una buena laguna donde se saca gran suma de unos pescados a manera de salamanquesas de agua llamados *axolotes*, que aunque no son muy preciados, todos cuantos se sacan della se venden y gastan. Tiene aquella laguna (según lo certificaron al padre comisario) una propiedad maravillosa y rara, y es que se hunden en ella las canoas de madera (que son en aquella tierra unos barcos largos y angostos hechos de una pieza, de árboles muy grandes y gruesos de media vara poco más de alto, y otro tanto de ancho el que más por lo hueco) y que así aunque está muy cerca de allí la sierra de Tlaxcalla, de donde pueden sacar cuantas canoas quisieren, porque hay en ella grandes montañas de grandes y gruesos pinos, de donde ellas se hacen, no las traen a la dicha laguna los indios ni pescan en ellas por la razón sobredicha, sino en unas balsas pequeñas hechas de unas yerbas llamadas eneas, a manera de zarzos, las cuales no se hunden, y sustentan dos y tres indios cada una. En aquella sierra de Tlaxcalla, en lo alto della, suele haber algunas veces nieve porque está muy alta.

Lunes diez y seis de septiembre salió el padre comisario de día claro de Topoyanco, después de haber visitado aquel convento, y pasados dos arroyos y andada como media legua, llegó a un poblecito de indios tlaxcaltecas, llamado San Sebastián. Salió la gente a la puerta del patio de la iglesia con mucha devoción a recibirle y ofreciéronle un cestillo de membrillos; agradecióselo y pasó adelante, y andada otra media legua de camino llano entre milpas de maíz, llegó temprano a decir misa al pueblo y convento de Santa Ana, hizósele allí un muy solemne recibimiento así por parte de los indios, que es gente muy devota, como de los frailes que eran dos; visitóles el padre comisario y detúvose con ellos aquel día y el siguiente. El convento está acabado, con su claustro alto y bajo, dormitorios y huerta, en la cual se da mucha y muy buena fruta y hortaliza, aunque no tiene agua de pie; la iglesia no está acabada, faltábale poco. El pueblo es de



mediana vecindad de indios mexicanos tlaxcaltecas; los de las visitas de aquella presidencia hablan la misma lengua, aunque entre ellos hay algunos otomíes, pero todos son del obispado y jurisdicción de Tlaxcalla. Allí en Santa Ana tenían los indios en su gentilidad uno como santuario donde al ídolo que allí veneraban, llamado Tonantzin, que quiere decir nuestra madre, ofrecían muchos sacrificios y ofrendas y venían a esto de muchas partes, y aun el día de hoy en la vocación del pueblo acuden también de muchos pueblos a ofrecer cosas a nuestro convento, que a lo que dicen se acuerdan todavía de la costumbre antigua.

Miércoles diez y ocho de septiembre salió el padre comisario de Santa Ana al salir del sol, y pasado un razonable pueblo, visita de aquel convento, y atravesado el camino real que va desde Tlaxcalla a Veracruz, y después el río de Tlaxcalla, que corre por una barranca, pasó un poco más adelante por otros dos pueblos, y pasada otra barranca por una puente de piedra, llegó finalmente, subida una cuesta y andada una grande legua, al pueblo y convento de Atliuetza, donde fue recibido con mucha fiesta y solemnidad. El convento es mediano y bien edificado, está acabado con su claustro alto y bajo, dormitorios, celdas e iglesia, y tiene una buena huerta de mucha arboleda y hortaliza; entra en ella un buen golpe de agua que la riega. La vocación del convento es la de la vocación de nuestra Señora, moraban en él dos religiosos y suelen morar tres; visitólos el padre comisario y detúvose con ellos aquel día y el siguiente hasta la tarde. Es aquel pueblo de mediana vecindad de indios tlaxcaltecas, los cuales dicen que entró por allí el marqués del Valle cuando iba a la conquista de México, y así tienen dél mucha memoria; los de aquel pueblo hablan la lengua mexicana y la misma hablan otros de aquella guardianía, aunque también hay otros que hablan la otomí; todos caen en el obispado de Tlaxcalla, y son de aquella jurisdicción, sujetos a aquella cibdad. Junto a Atliuetza da un salto el río de Tlaxcalla de una peña abajo, y de allí se llama Atliuetza, que quiere decir salto de agua.

Estando el padre comisario en aquel pueblo, le vino nueva cierta de cómo en San Francisco de México habían tirado una noche, a los doce del mismo mes, un ladrillo o ladrillos a fray Pedro de Zárate, aunque no le habían acertado; entendióse que esto, con lo demás que en aquel convento habían hecho, era no solamente para hacer mal al Zárate sino también para interrumpir la visita, y que con estos nuevos pleitos se ocupase el padre comisario, y así se pasasen los seis meses que decían y publicaban que había de durar, y no más, la visita; por esto procuraban divertir al padre comisario con otros negocios fuera de la visita, y publicando como publicaban que no había de durar más de seis meses, y que



pasándose éstos había luego de tomar la provincia el provincial, amedrentaron a los pobres frailes y los acobardaron para que no visitasen, como estaban obligados y ellos salieron con la suya, porque los ayudó y favoreció quien debía darles a la mano y lo podía hacer, como adelante se dirá.

Jueves en la tarde, diez y nueve de septiembre, salió el padre comisario de Atliuetza, y por el mismo camino que el día antes había llevado, volvió al pueblo y convento de Santa Ana, que como dicho es, está de allí una gran legua; halló allí al provincial que se iba acercando a Guamantla para el recibimiento del virrey que se esperaba. Pasó de largo, y andada la otra legua llegó puesto el sol al convento de Topoyanco, donde descansó aquella noche.

Viernes veinte de septiembre salió de día claro de aquel convento, y andadas cuatro leguas llegó a decir misa a la cibdad y convento de la Puebla de los Ángeles, donde fue muy bien recibido. Hay en aquellas cuatro leguas algunos poblecitos de donde salían los indios a recibir al padre comisario y le hacían fiesta, con una devoción muy grande, tañendo y repicando las campanas que tenían colgadas en arcos y ramadas, que para esto habían hecho en el mismo camino. Pásanse tres arroyos, y el uno dellos por una puente de piedra, luego en saliendo de Topoyanco y pásase asimesmo por otra puente de piedra una honda barranca, por la cual se dividen los términos de Cholula de los de Tlaxcalla. Nuestro convento es guardianía y casa de comunidad de la vocación de nuestro padre San Francisco, moran en él muchos frailes, porque siempre hay estudio de artes o de gramática; hay también enfermería en aquella casa, y cúranse en ella todos los religiosos de los conventos que caen en el obispado de Tlaxcalla; los demás se van a curar a San Francisco de México. El convento está acabado, con su iglesia, dos claustros bajos y otros dos altos, dormitorios y celdas; la huerta es pequeña, danse en ella muchos espárragos, mucha y muy buena hortaliza, para la cual y para toda la casa tiene una fuente de agua muy buena que se reparte de suerte que hay cuatro o cinco caños. Visitóse aquel convento y detúvose en él el padre comisario hasta el lunes siguiente. Los indios que tienen a cargo los frailes son pocos, y esos mexicanos y del obispado de Tlaxcala, júntanse a la doctrina y a recibir los santos sacramentos en una capilla que está pegada al mismo convento, y hay en él un fraile señalado que tiene cuidado dellos.

La cibdad de la Puebla de los Ángeles es pueblo de españoles, de mucha vecindad, y va cada día aumentándose y en crecimiento, porque dentro del mismo pueblo se saca cuanta piedra es menester para los edificios y

se hace abundancia de cal, la cual vale barata; la madera se trae de la sierra de Tlaxcalla, cuya falda llega casi a la misma cibdad; hay por allí grandes y espaciosas dehesas y en ellas gran suma de ganado mayor, y así para el servicio de la cibdad y traerle provisión, hay infinidad de carretas de bueyes y de mulas. Es tierra fría y seca y de buena y fértil comarca, aunque tiene un grande contrapeso, y es que por estar entre la sierra de Tlaxcalla sobredicha y entre el volcán y Sierra Nevada de México (de que adelante se dirá) hay en aquella ciudad entre año, en tiempo de aguas, muchas y muy grandes tempestades de truenos y relámpagos y caen muchos rayos. Junto a la cibdad y aun dentro della nacen muchas fontecillas de agua caliente, sucia y de mal olor, que dicen es de piedra azufre, la cual no hace mal sino mucho bien a las bestias que la beben, y es maravillosa para hacer barro y cal para los edificios, y para regar las huertas, pero no beben della los españoles ni los indios, que para esto viene un buen golpe de agua muy buena a la cibdad, por la cual se reparte encañada, y en medio de la plaza tiene hecha una fuente muy curiosa de piedra labrada, con muchos caños que salen y se ceban de la misma agua; por junto a nuestro convento corre un arroyo de razonable agua, con la cual muelen allí junto unos molinos y andan batanes, y pásase por una puente de piedra para entrar en el convento. Una legua desta cibdad, junto a la puente que llaman de Cholula, está en un prado un peñasco muy grande, exento y patente, en forma circular, al modo de una roca, de seis o siete estados de alto, en cuya cumbre hay una gran boca como si se hiciera para poner y asentar en ella una anoria, la cual va muy honda, y en lo bajo hay de aquel agua de mal olor, cosa cierto muy de notar; allí dicen que echaban en su gentilidad a los indios que sacrificaban a los ídolos.

En aquella cibdad reside el obispo de Tlaxcalla y tiene su silla y demás de la iglesia catedral, la cual se iba haciendo de cal y canto, muy fuerte y curiosa, hay algunas iglesias de clérigos y se van haciendo otras que andando el tiempo, según va en aumento la cibdad, vendrán a ser parroquias, y ultra del convento nuestro que atrás que da dicho, hay otros de los descalzos de nuestro orden y otro de Santo Domingo, con un colegio por sí de los mismos padres. *Item*, hay un convento muy grande, aunque nó acabado, de los padres augustinos y otro de la Compañía, con un bonito colegio que está a su cargo, la calle en medio. Hay asimesmo otro convento de frailes carmelitas descalzos, los cuales vinieron en aquella flota de ochenta y cinco, y poco tiempo después poblaron en aquella cibdad. También hay un convento de monjas dominicas, sujetas al ordinario, y se hacía entonces otro que decían había de ser de Santa Clara.



Martes veinticuatro de septiembre salió el padre comisario general de la Puebla ya de día claro, y andada una legua larga en que se pasan dos arroyos, uno junto a la Puebla y otro mucho adelante, llegó temprano a decir misa al pueblo y convento de Totomehuacan, donde le hicieron los indios muy gran fiesta y recebimiento, que es gente muy devota. La vocación del convento es de nuestro padre San Francisco; es presidencia en que moraban dos frailes; visitólos y detúvose con ellos aquel día y el siguiente. La casa es bonita, aunque no estaba acabada; faltábanle por cubrir la media iglesia y los corredores del claustro alto y bajo; tiene una buena huerta en que hay algunos nogales, muchas parras y duraznos y algunos otros árboles y mucha y muy buena hortaliza, con muchos espárragos, a la cual entra una poca de agua de pie con que todo se riega; hay en aquel convento un buen aljibe de agua llovediza que beben los frailes. El pueblo es pequeño, y él y los de las visitas son de indios mexicanos y caen en el obispado de Tlaxcalla.

Jueves veintiséis de septiembre, salió el padre comisario muy de día de Totomehuacan, y pasadas muchas cuestras y barrancas, y entre ellas dos arroyos, salió al camino real y carretero que va desde la Puebla a la Veracruz, por el cual prosiguió su camino por entre unos pinares, y pasado un poblecito y unos llanos, llegó andadas tres leguas al pueblo y convento de Amozoc, donde fue recibido con mucha solemnidad y fiesta de danzas y bailes. El pueblo es pequeño, y él y los de las visitas están sujetos a un pueblo grande no lejos de allí, llamado Cuahntinchan; los indios, parte dellos son mexicanos y parte otomíes, y todos caen en el obispado de Tlaxcalla. El convento es muy pequeño, de tres celdas o cuatro, con su claustro bajo, iglesia y coro asimesmo pequeños; moraban allí dos religiosos, visitólos el padre comisario y detúvose con ellos aquel día y el siguiente.

Sábado veintiocho de septiembre salió de Amozoc el padre comisario, y pasadas algunas cuestras y quebradas pequeñas, llegó andadas dos leguas a decir misa al pueblo y convento de Cuahntinchan, donde se le hizo muy solemne recebimiento. Está acabado aquel convento con su claustro alto y bajo, dormitorios y celdas, todo de buen edificio; la iglesia no estaba acabada, aunque tenía hecha la capilla y las paredes de pie derecho; a la puerta de la iglesia hay dos torres muy vistosas, una a una parte y otra a otra. Tiene el convento una buena huerta en que se dan duraznos, manzanos, higos y otras frutas y todo género de hortalizas; entra en ella un gran golpe de agua con que se riega, y hay un estanque con algunos pececillos y un aljibe de que beben los frailes. La vocación del convento es de San Juan Baptista; residían en él dos religiosos, visitólos el padre comisario y detúvose con ellos aquel día y el siguiente. El pueblo es de mediana vecindad, de indios mexicanos, y de los mismos son los pueblos

de aquella guardianía, aunque también hay entre ellos algunos otomíes; todos caen en el obispado de Tlaxcalla.

Lunes treinta de septiembre salió de aquel pueblo el padre comisario ya muy de día, y andadas dos leguas en que se pasan algunas costezuelas, llegó al pueblo y convento de Tecalli y por otro nombre Tecalco; estaban tan descuidados así los frailes como los indios, no aguardándole allá tan de mañana, que cuando supieron de su llegada ya estaba a la puerta del convento; halláronse muy atajados y corridos por no haber hecho lo que deseaban, pero con todo esto hicieron lo que pudieron. El convento está acabado, con su claustro alto y bajo, dormitorios, celdas e iglesia, hecho todo de muy buen edificio; tiene una bonita huerta y entre otros árboles que hay en ella, hay unos perales que llevan fruta dos veces al año y está muy delicada y sabrosa. El pueblo es grande y de indios mexicanos; de los mismos son las visitas, aunque entre ellos hay algunos otomíes y popolocas; todos caen en el obispado de Tlaxcalla.

Cerca de Tecalli, en una visita, hay una cantera de piedra blanca jaspeada muy preciosa, de donde se sacan aras, cruces y otras piedras muy vistosas y de mucha estima, que se reparten por toda la Nueva España y se llevan a la Vieja; lábranlas los indios, aunque con dificultad y trabajo. No hay en aquella guardianía ríos ni fuentes, y usan los indios aljibes y cisternas de agua llovediza, que en aquella tierra se llaman *jagüeyes*, y lo mismo hacen en otras muchas partes de aquella provincia. En el convento de Tecalli hay dos de éstos muy grandes y muy buenos, así para el sustento de los religiosos, que de ordinario son tres, como de todo el pueblo. Visitó el padre comisario aquel convento y detúvose en él sólo aquel día.

Martes primero de octubre salió muy de día de Tecalli, y  
OCTUBRE andada una legua por unas sabanas o dehesas muy llovidas  
1585 y llenas de agua. llegó muy temprano a decir misa a la  
ciudad y convento de Tepeaca, donde se le hizo muy solemne recibimiento. El convento es grande y de buen edificio, está acabado, con su iglesia, claustro, dormitorios y celdas; tiene una bonita huerta, que se riega con un golpe de agua que entra en ella de una fuente que viene a la ciudad encañada desde la sierra de Tlaxcalla, bien lejos de allí. La vocación del convento es de nuestro padre San Francisco; moraban en él cinco religiosos, visitólos el padre comisario y detúvose allí dos días.

Es aquel pueblo ciudad muy grande y muy poblada de indios mexicanos; residen con ellos muchos españoles y todos son labradores, porque tiene tierras y comarca muy buena para sus labranzas de trigo. Los pueblos de aquella guardianía, unos son de indios mexicanos, otros de otomíes y todos

caen en el obispado de Tlaxcalla; hay en la plaza de aquel pueblo una torre cuadrada que sirve de rollo o picota.

Estando en aquel convento, tuvo nueva cierta el padre comisario de que la flota que se esperaba había ya llegado al puerto de San Juan de Ulúa, y que en ella venía por virrey de la Nueva España el marqués de Villamanrique, hermano del duque de Béjar, y que traía mujer y una hija y un cuñado y mucha gente y criados. Vinieron también en aquella flota frailes carmelitas descalzos a instancias del mismo virrey, los cuales poblaron en México y en la Puebla de los Ángeles; asimesmo vinieron en aquella flota los frailes que tenía en España la provincia del Santo Evangelio sobre el negocio de las doctrinas, los cuales trujeron negociada cierta cédula del rey, de que adelante se dirá.

Jueves tres de octubre salió el padre comisario al amanecer de Tepeaca, y andadas tres leguas de buen camino aunque muy llovido y lleno de charcos, en que a la meitad, poco antes, se pasa un bonito pueblo, llegó temprano a decir misa al pueblo y convento de Tecamachalco, donde los españoles que allí residen, que son casi ciento, y los naturales gente muy devota, le hicieron muy solemne recibimiento. El pueblo es grande y tiene otros sujetos; todos son indios popolocas, aunque entre ellos hay unos pocos mexicanos y todos caen en el obispado de Tlaxcalla. Está este pueblo asentado en la ladera de un cerro; es más caliente que frío, por estar guardado de el norte; vienen a él dos fuentes, la una es de buena agua y tráenla los indios de una legua de allí encañada, y va dando vuelta al cerro sobre dicho por la banda de poniente, hasta que llega a las casas donde se reparte; la otra no es de tan buena agua y viene por la otra parte del cerro, por más bajo, y con la una agua y con la otra muele un molino que está abajo del pueblo. Los españoles que allí habitan, unos son labradores que siembran mucho trigo, otros ganaderos de ganado menor, porque para lo uno y para lo otro es aquélla buena comarca, y todos finalmente, son también mercaderes y tratantes. El convento está acabado, con su claustro alto y bajo, iglesia, dormitorios y huerta, en la cual se dan muchos y muy buenos higos y otras frutas y mucha hortaliza; riégase con un buen golpe de agua que entra en ella de una de las fuentes sobredichas. La vocación del convento es la Asunción de nuestra Señora, es guardianía en que moraban cuatro religiosos y suelen morar cinco; visitólos el padre comisario y detúvose allí aquel día y el siguiente, que fue la fiesta de nuestro padre San Francisco.

Allí llegó nueva, venida por muy cierta, que el virrey subía con mucha prisa por llegar presto a Tlaxcalla, donde pensaba descansar, por lo cual el padre comisario no pasó a visitar el convento de Tehuacán, que está

diez leguas de Tecamachalco, pero envió comisión para que le visitase al guardián de Tepeaca, fraile viejo y honrado, que había sido provincial de Michoacán, el cual le visitó y después fue a México con la visita. De aquel convento se dirá adelante, por tratar al presente de los demás que visitó el padre comisario hasta la llegada del virrey a Tlaxcalla.

Sábado cinco de octubre, con la nueva sobredicha aunque falsa, salió el padre comisario ya salido el sol, de Tecamachalco, y pasadas algunas barranquillas y una de las dos fuentes sobredichas que atraviesa por el camino, pasó también por junto al nacimiento y manantial de la otra, el cual tienen los indios muy guardado y cercado de árboles altos y umbrosos, por ser aquélla la buena agua; finalmente, andadas dos leguas, llegó a decir misa al pueblo y convento de Quechúlac, donde fue muy bien recibido. Antes de llegar a aquel pueblo hay una gran vega y había en ella gran suma de oruga de la de España, de donde dicen se trajo; y hayla también en otras muchas partes de aquella tierra, y con todo esto porfían a decir que vino de España, como también dicen que vinieron della las malvas, de las cuales nace en lo de México y en otras partes tanta abundancia y con tanto vicio, que parece son de la misma tierra. Los indios de aquel pueblo y los demás de aquella guardianía son popolocas, aunque hay entre ellos algunos pocos mexicanos; todos caen en el obispado de Tlaxcalla. El convento estaba acabado, con su claustro alto y bajo, dormitorios, celdas, iglesia y huerta, en la cual se dan muchas uvas y otras frutas y mucha y muy buena hortaliza; riégase con un golpe de agua no muy buena, que entra en ella. La vocación es de la Magdalena y residen en aquel convento dos religiosos; visitólos el padre comisario y detúvose con ellos aquel día y el siguiente.

Lunes siete de octubre salió el padre comisario de aquel pueblo de día claro, y pasada una puente de piedra medio caída y algunas barranquillas y andadas dos leguas, llegó a decir misa al pueblo y convento de Acatzingo, donde fue recibido con muchos arcos y ramadas, y algunos bailes y danzas. El convento es de la vocación de San Juan Evangelista, está acabado con su iglesia, claustros, dormitorios y huerta, a la cual entra un golpe de agua con que se riega la hortaliza y algunos nogales y otros árboles que hay en ella; moraban allí dos religiosos, visitólos y no se detuvo con ellos más de aquel día, porque le vino otra nueva (que también pareció después ser falsa) de que el jueves siguiente entraba el virrey en Guamantla. Es el pueblo de Acatzingo de mediana vecindad de indios mexicanos; de los mismos son los de las visitas y los unos y los otros caen en el obispado de Tlaxcalla; moran allí en Acatzingo muchos extranjeros, grie-



gos y algunos españoles y casi todos son labradores, porque hay por allí maravillosas tierras para trigo, de que cogen mucha suma.

Martes ocho de octubre salió el padre comisario de aquel pueblo muy de día, y caminando por entre muchas labranzas de trigo, con agua menuda y muy fresca que le daba de rostro, pasadas algunas barranquillas y malos pasos, y andadas tres leguas llegó al pueblo y convento de Santo Tomás de Acatzingo o de Tepeaca, tan pobre y tan falto de las cosas de la iglesia, que por no tener otra, le salieron a recibir con la cruz y manga de los difuntos. Los indios de aquel pueblo y de los demás de aquella presidencia son otomíes y caen en el obispado de Tlaxcalla. El convento es una casita de visita muy pequeña y aún no acabada; moraban allí dos religiosos, visitólos el padre comisario y detúvose con ellos aquel día.

Este mismo día llegaron allí dos frailes de aquella provincia, que como queda dicho, habían ido a España a tratar los negocios de las doctrinas y venido en aquella flota. Éstos trujeron negociada una cédula real en que manda el rey que se suspenda la ejecución de la primera cédula dada en favor de los obispos, y se queden los religiosos con las doctrinas como antes las tenían, pero que esto sea de justicia y obligación, y que los obispos por sus personas, sin cometerlo a otras, visiten las iglesias de las doctrinas donde estuvieren los frailes y en ellas el santísimo sacramento, pila del bautismo y la fábrica de las iglesias y las limosnas dadas para ellas, y todas las demás cosas tocantes a las dichas iglesias y servicio del culto divino; y que corrijan y visiten asimismo a los religiosos de las doctrinas en cuanto a curas, fraternalmente, en los excesos que fueren ocultos, teniendo cuidado de mirar por su honra y buena fama, y que siendo menester, o conveniendo otra cosa más desto, den noticia a sus prelados para que los castiguen, y no lo haciendo, lo hagan ellos, conforme a lo dispuesto en el Concilio tridentino, y que los provinciales, eligiendo para ello religiosos de buena vida, letras y ejemplo e inteligencia, traten y confieran lo que convenga hacerse adelante cerca de las dichas doctrinas y curatos, y den dello noticia al rey. Esto contenía en suma la dicha cédula real, la cual a unos dio contento y a otros no, pero al fin, el provincial de la provincia del Santo Evangelio con sus difinidores la recibió y aceptó con hacimiento de gracias, obligándose a ser curas de justicia, pidiendo al rey ciertas cosas que se habían de tratar en el capítulo general y otras con el sumo pontífice. En el estar sujetos a los obispos, en esto poquito referido, hay peligros e inconvenientes no pequeños, y en no lo estar no los hay menores; lo más seguro para las conciencias de los frailes sería (según dicen los más temerosos de Dios) vivir como en España, en casas de comunidad, ayudando a los curas, aunque con esto parece que padecerían los indios; pero de una manera y de

otra, ellos son los que lavan (como dicen) la lana, y todo es mal para el cántaro, que al cabo y a la postre los indios lo han de lastar. Estando pues, allí en Santo Tomás, se supo que el virrey entraba aquel miércoles en Xalapa, y que allí se había de purgar y detener, porque venía enfermo.

Miércoles nueve de octubre salió el padre comisario de Santo Tomás, y pasado un arroyo y andadas cuatro leguas de buen camino por entre trigos y sabanas, llegó lleno de sol y muy cansado al pueblo y convento de Guamantla, donde los del pueblo, con los principales de Tlaxcalla, que estaban allí esperando al virrey, le recibieron con grandísima fiesta y regocijo. Cae aquel pueblo muy cerca de la sierra de Tlaxcalla, a la banda del norte della, y así hace en él recio frío; es de mucha vecindad, de indios otomíes, de los cuales son también los de las visitas de aquella presidencia y todos caen en el obispado de Tlaxcalla y son sujetos a aquella cibdad. La vocación del convento es de San Luis; está acabado el claustro alto y bajo, dormitorios, celdas y huerta, en la cual hay muchos duraznos y muy buenos, y se dan membrillos, rosa castellana, espárragos, orégano y mucha hortaliza; riégase todo con una poca de agua que toman de la fuente que viene al pueblo; la iglesia tenía sacados los cimientos y hay una bonita capilla y ramada, que es la iglesia de prestado hasta que la otra se acabe; moraban allí tres religiosos y con ellos estaba ya el provincial aguardando al virrey. No visitó entonces el padre comisario aquella casa, porque no hubo comodidad para ello; quedóse la visita della para después, como adelante se dirá. Desde allí se fue fray Hierónimo de Mendieta, el *nauatlato*, a su presidencia de Tlaxcalla, y en su lugar llevó el padre comisario a fray Pedro Meléndez, fraile viejo y honrado, hijo de aquella provincia, uno de los que habían venido de España en aquella flota y traído la cédula real sobredicha; detúvose en Guamantla sólo un día.

Jueves diez de octubre salió de allí el padre comisario muy de mañana, y andadas cuatro leguas de camino llano por unos prados y dehesas en que se pasan dos o tres arroyos, llegó a una casa grande de un español donde halló enfermo con calentura muy recia a un fraile de aquella provincia, que pasando de camino se le agravó la enfermedad y le forzó a detenerse allí; visitóle y consolóle el padre comisario, y habiendo dicho misa y comido de lo que en aquella casa le dieron a él y a sus compañeros, prosiguió luego su viaje.

Llamábase aquel obraje El Molino y era una hacienda muy gruesa, de las buenas de la Nueva España; labrábanse en él gran suma de paños y salían acabados de todo punto, porque dentro de aquella casa estaban todos los oficiales que son menester para perficionar un paño, y los instrumentos necesarios, excepto el batán que estaba fuera, pero muy cerquita,



y junto a él un molino para el sustento de la gente; y aun el dueño de la hacienda tenía por allí tanto ganado menor, que sacaba la lana para su obraje y para vender a otros obrajeros, y mucho ganado mayor para el sustento de su gente, para la cual había allí un cura.

Luego en comiendo salió el padre comisario de aquella casa, y andadas tres leguas de camino llano y carretero, por unas sabanas con un sol recísimo, llegó muy cansado a las doce de mediodía al pueblo y convento de Atlancatepec; halló a los frailes y a los indios muy descuidados, que no le aguardaban hasta la tarde. El pueblo es muy pequeño, de indios otomíes, puesto en un páramo y campo raso, en el camino real de los carros que va de la Veracruz a México, junto a un arroyo que se pasa por un puente de piedra. Los pueblos de las visitas de aquella presidencia son también de indios otomíes y todos caen en el obispado de Tlaxcalla, y están sujetos a aquella cibdad. El convento es una casita con su claustro alto y bajo, iglesia, dormitorios y celdas, todo pequeño y hecho de adobes, y tan desabrigado que tiene muy poco reparo para el recio frío que allí hace. La vocación es de San Juan Baptista; visitólos el padre comisario y detúvose aquel día y el siguiente en aquel convento, en el cual no había huerta ninguna.

Sábado doce de octubre salió de madrugada de Atlancatepec, y pasado un riachuelo por una puente y un arroyo por el vado, y un pueblo llamado San Martín, dejando al pueblo y convento de Atlihuetza a la banda de oriente, no lejos del camino, pasó por otro poblecito, y atravesadas unas barrancas por unas puentes de piedra, llegó al río de Tlaxcalla y le pasó por el vado, en el cual se le quiso echar la bestia en que iba, y fue menester maña, brío y diligencia para que no lo hiciese, porque ya estaba de barriga; finalmente, andadas cuatro leguas, llegó a la cibdad y convento de Tlaxcalla, donde fue bien recibido y se detuvo hasta el martes siguiente que salió en prosecución de su visita, dejando allí a fray Pedro Meléndez que de la navegación venía malo, y tornando a llevar a fray Hierónimo de Mendieta por *nauatlato*.

Martes quince de octubre salió el padre comisario muy de día de Tlaxcalla, y subidas unas cuestas y pasado un pueblo puesto en un alto, bajó una cuesta algo larga y empinada, luego pasó por una puente de madera no muy ancha el río de Tlaxcalla, que va ya por allí junto con el de San Juan, y andadas dos leguas llegó a decir misa al pueblo y convento de Santa María Nativitas, donde fue muy bien recibido. Es aquel pueblo de razonable vecindad y los vecinos que tiene él y los demás pueblos de aquella presidencia son tlaxcaltecas y hablan la lengua mexicana, aunque entre ellos hay algunos que hablan la otomí; todos caen en el obispado

de Tlaxcalla y son de la jurisdicción de aquella cibdad. Está aquel pueblo en un valle muy grande y muy fértil de maíz, donde también hay algunas estancias de ganado mayor y menor y se coge algún trigo. El convento era entonces una casa vieja que por una parte se iba cayendo y por la otra la iban derribando para aprovechar algunas cosas en la nueva que se iba entonces haciendo muy aprisa, y tiene acabado un cuarto de cal y canto en que moran los religiosos, que de ordinario son dos; visitólos el padre comisario y detúvose allí no más de aquel día. Vase trayendo a aquel pueblo un gran golpe de agua encañada de algo lejos y faltaba poco para llegar.

Estando en aquel convento llegó un fray Martín de Valencia, de la provincia de Guatemala, que venía de España con recabdos de nuestro padre general para llevar todos los sellos de las provincias de las Indias para una historia o crónica de la orden que estaba haciendo; dióle recabdo el padre comisario y despachóle al Pirú.

Miércoles diez y seis de octubre partió el padre comisario de aquel convento, camino de Huexotzingo, y andados como tres cuartos de legua, llegó a un río que se pasa por una puente de madera, por la cual pasó él y todos los demás sin daño alguno, excepto el *nauatlato*, cuya bestia no quiso en ninguna manera pasar; apeóse della y diola a un indio que la pasase de diestro, y tampoco hubo remedio; atáronla a la cola de un caballo en que iba el indio, y queriéndola pasar así, hizo piernas para no pasar y el caballo quebró la cuerda en que iba a él atada la otra bestia, y sin poderse tener dio consigo y con el indio la puente abajo en el río que iba muy crecido y ahocinado y con demasiada corriente y furia; el pobre indio salió nadando por debajo de la puente a la otra parte, pero el caballo, como más pesado, no pudo hacer esto tan presto, llevóle la corriente del río un gran trecho, y aunque se volvía contra ella no la podía vencer, que iba muy recia; entró el fraile lego en túnica para remediarle, mas no pudo, antes se vio en peligro de anegarse, aunque era buen nadador, porque la túnica no le dejaba nadar y la corriente se le llevaba; mandóle salir fuera del agua el padre comisario, sin cuya licencia había entrado, y habiendo hecho pie el caballo a la orilla del río, buscaron unas *coas* (que son los azadones y palas con que los indios labran sus tierras), con las cuales cavaron y hicieron por donde el caballo pudo salir, ayudándole también con unas cuerdas que en lengua mexicana se llaman *mecates*; sacáronle ya muy desmayado de batallar con la corriente del río, cuyas riberas son muy fértiles, en que se coge mucho maíz y habas y se apacienta algún ganado mayor y hay algunas casas de indios. A la otra bestia, que era un machuelo, llevaron río arriba hasta que hallaron vado por donde

pasó. Acabado este aprieto prosiguió su camino el padre comisario, y andadas en todo tres leguas en que se pasan otros tres arroyos, llegó, alto ya el sol, a la cibdad y convento de Huexotzingo, donde se le hizo muy solemne recibimiento. Es aquella cibdad y los demás pueblos de aquella guardianía de indios mexicanos del obispado de Tlaxcalla, solía ser gran población, pero ya pocos indios tiene respecto de las pestilencias y mortandades pasadas; hay allí un hospital donde se curan y remedian los naturales enfermos; de él y dellos tienen cuidado los religiosos, como lo hacen en algunos otros pueblos, aunque pocos, donde hay semejantes hospitales. Viene al pueblo un gran golpe de agua que traen encañada hasta la plaza, en la cual hay una curiosa fuente de piedra. El convento es grande y bien edificado, acabado, con sus claustros alto y bajo, iglesia, dormitorios, celdas y huerta, en la cual hay algunos nogales, duraznos y otros árboles, con mucha hortaliza; riégase con un golpe de agua que entra en ella y en el claustro, de la que viene al pueblo. La vocación del convento es de San Miguel, moraban allí cuatro frailes y suelen morar cinco; visitólos el padre comisario y detúvose con ellos aquel día y el siguiente.

Estando el padre comisario general fray Alonso Ponce allí en Huexotzingo, recibió ciertas cartas y recabdos de España del padre fray Hierónimo de Guzmán, comisario general de Indias, que residía en corte, y antes que se refiera lo que contenían, será bien, para que mejor se entienda, tomar el negocio de un poco más atrás.

Es pues de saber que cuando el padre comisario general fray Alonso Ponce llegó de España a México, trujo consigo los estatutos generales que, con auctoridad del papa, se habían ordenado en el capítulo general intermedio de Toledo el año de ochenta y cinco, y hizo imprimir en México los cuerpos que le pareció eran menester para las provincias de la Nueva España, a las cuales los envió, y en todas ellas los recibieron sin contradicción ni repugnancia ninguna; sólo en la provincia del Santo Evangelio hubo una manera de tibieza en recibirlos en esta forma y fue que juntos el provincial y los difinidores con los que ellos quisieron llamar, sacaron de los dichos estatutos algunas ordenaciones hechas para las Indias, pareciéndoles que era imposible poderse guardar en su provincia, y acudieron al padre comisario pidiéndole que dispensase en ellas por la razón sobre dicha, alegando las que les pareció que hacían más al propósito. El padre comisario, vista y entendida su petición y aun lo que pretendían, nególes de todo en todo la dispensación de algunas cosas que pedían por ver el poco fundamento que había, y que más parecía género de excusa de la guarda dellas, que haber razón bastante sobre que se diese la dispensación; y con otras que parecían tener apariencia de no poder ser guardadas, se-



gún la calidad de la tierra, aunque no dispensó, díjoles que disimularía con ellas y sobreesería su ejecución hasta tanto que avisados los preladados generales de España ordenasen y mandasen lo que en ellas se había de hacer, y así el padre comisario por una parte y ellos por otra, lo escribieron al padre fray Hierónimo de Guzmán, comisario general de Indias sobredicho, enviándole los dichos apuntamientos; y desto trataban en parte los recabdos que el padre fray Alonso Ponce recibió en Huexotzingo, en los cuales, entre otras cosas, le concedía su autoridad para que en el primer capítulo o congregación de aquella provincia juntase al provincial y difinidores actuales della, y al padre fray Pedro de Oroz, y a los que hobiesen sido en ella provinciales y a los provinciales comarcanos que cómodamente se pudiesen juntar, y viesan entre todos qué estatutos de los generales se podían guardar en estas partes, y que éstos los confirmase el padre comisario, y que los otros se suspendiesen, enviándolos al capítulo general con las causas y razones por donde no podían o no debían guardarse; y lo mismo escribió el dicho padre Guzmán, comisario general de Indias, a los dichos provincial y difinidores de México, reprendiéndolos primero de que se excusasen de la guarda de los estatutos haciéndolos imposibles de guardar. El padre fray Alonso Ponce no trató por entonces nada de aquello, dejándolo para el capítulo, junta o congregación que pensaba hacer, acabada la visita de aquella provincia, pero como después se dirá, para nada desto le dieron lugar; y porque los mismos provincial y difinidores habían dudado si el oficio del padre comisario fray Alonso Ponce se acababa o no con los oficios de nuestro padre general, y lo habían enviado a preguntar al mismo padre comisario general fray Hierónimo de Guzmán, él les respondió entonces que los comisarios generales del Pirú y Nueva España no acababan sus oficios cuando acababan sus oficios los ministros generales, sino cuando de España les vinieren sucesores y les tomen residencia de sus personas y oficios conforme a los estatutos generales, y esto mismo escribió al padre comisario fray Alonso Ponce, que también había enviado a pedir declaración dello, y lo mismo le escribió después nuestro padre Gonzaga, ministro general; y es de creer que también lo escribió al dicho provincial y difinidores, pero ellos callaron esta declaración, y callándola inventaron, al tiempo que acabó el oficio el dicho padre Gonzaga, mil marañas y pleitos negando la obediencia al padre comisario fray Alonso Ponce, y haciendo en consecuencia deste borrón otros muchos, como adelante se dirá. Verdad es que el provincial en una patente que después envió por la provincia, entre otros capítulos de cartas que en ella ingirió, que parecían dañar al padre fray Alonso Ponce, puso aquél en que el padre Guzmán declaraba lo atrás referido, y pudo ser descuido o que por entonces no pensaba hacer lo que después hizo, que

fue negar la obediencia al padre comisario fray Alonso Ponce, alegando haber ya expirado su oficio con el de nuestro padre Gonzaga. De todo esto se tratará adelante en su lugar, más de espacio y con mayor claridad.

Pues recibidos los dichos recabdos y otros que aquí no se dicen, y visitado el convento de Huexotzingo, partió dél el padre comisario viernes diez y ocho de octubre, de día claro, y pasadas algunas barranquillas y andada una buena legua, llegó a decir misa al pueblo y convento de Calpa, donde fue muy bien recibido. Es aquel pueblo de mediana vecindad, está fundado entre algunas barrancas en las faldas del volcán de México, entre aquella cibdad y la Puebla, un poco apartado del camino real a la banda del norte; él y los demás de aquella guardianía son de indios mexicanos y caen en el obispado de Tlaxcalla. Viene al pueblo de Calpa un gran golpe de agua, de la cual tiene en la plaza una fuente muy galana de piedra. El convento es de mediana capacidad, está acabado, con su iglesia, claustro alto y bajo, dormitorios, celdas y huerta, en la cual se cogen muchas y muy buenas nueces; riégase con agua que se toma de la que viene al pueblo. La vocación del convento es de San Andrés; moraban en él tres religiosos, visitólos el padre comisario y detúvose con ellos sólo aquel día.

Sábado diez y nueve de octubre salió de Calpa el padre comisario muy de madrugada, y pasado un arroyo y algunas barrancas, atravesó el camino real que va de la Puebla a México y al amanecer llegó a un pueblo llamado San Buenaventura, legua y media de Calpa, y de aquella guardianía. Pasó de largo, y andada otra legua y media de camino llano, llegó a decir misa a otro buen pueblo de la mesma guardianía llamado San Juan Tianguizmanalco, donde le recibieron los indios con grandísimo contento y regocijo, y no sabían regalo qué hacerle según estaban contentos de verle en su pueblo; trujeron después de misa el almuerzo y habiendo tomado refeción los que llevaban necesidad, prosiguió el padre comisario su camino. En este pueblo había antiguamente un ídolo que llamaban el Telpuchtle, que quiere decir el doncel o virgen, por el cual hablaba el Demonio y acudían de muchas partes, hasta de Guatemala, a ofrecerle *copal*, plumas ricas y otras cosas; ya cesó esta idolatría, después que recibieron la fe, pero todavía hay algún rastro della y es, que el día de San Juan Baptista, que es la fiesta del pueblo, vienen allí los indios de la comarca y ofrecen en la iglesia muchas candelas, gallinas, tomines y algunas plumas ricas. Luego en saliendo de aquel pueblo bajó el padre comisario una quebrada y pasó un arroyo que corre por ella, después subidas algunas cuestas pequeñas llegó al río de Atrisco, el cual nace allí junto al camino, cerca del asiento viejo del pueblo de Atrisco y más abajo riega el valle de Atrisco,

tan nombrado en la Nueva España, de quien adelante se dirá. Pasó aquel río por una puente de madera y pasado otro riachuelo y unas grandes y espaciosas dehesas a raíz del volcán, llegó antes de comer al pueblo y convento de Xuchimilco, dos leguas largas de San Juan, donde fue recibido con fiesta y solemnidad. La vocación de aquel convento es de la Asunción de la madre de Dios. Está acabado, con su iglesia, claustro alto y bajo, dormitorios y celdas y huerta, en la cual hay muchos naranjos, higueras y algunos nogales y otros árboles y mucha hortaliza y algunos berros como los de Castilla; riégase con un golpe de agua que entra en ella, que se saca de la que viene al pueblo; moraban allí tres religiosos; visitolos el padre comisario y detúvose con ellos aquel día y el siguiente. El pueblo está situado en la falda del volcán, entre muchas barrancas a la banda de mediodía del mismo volcán, es de mediana vecindad y de temple más cálido que frío; viene al pueblo un gran golpe de agua encañada que nace como un tiro de arcabuz y aun menos de las casas, allí en la falda del volcán, y por más abajo corren dos arroyos que después se juntan con el remanente de la fuente sobredicha, y se hace un riachuelo con que se riegan unas labranzas de trigo. En casa de un indio principal de aquel pueblo hay un pino de los de Castilla que lleva las piñas y los piñones mayores que los de España. Los indios de Xuchimilco y de los demás pueblos de aquella guardianía son mexicanos y caen en aquel arzobispado. Y porque muchas veces se ha hecho mención y algunas otras se ha de hacer del volcán sobredicho y de la Sierra Nevada, bien será tratar en este lugar de ambos alguna cosa, pues el estar tan cerca dellos parece que convida a no olvidarlos.

Es pues de saber que diez leguas de México, en el camino que de aquella ciudad va a la Puebla de los Ángeles, hay unas sierras muy altas y se pasa un puerto muy áspero y dificultoso. Sobre todas estas sierras está una a la banda del norte, más alta que las demás de aquella banda, y tanto que todo el año tiene nieve, en un tiempo más y en otros menos; junto a la nieve hay rocas y riscos muy ásperos y está por lo más cerca la nieve sobredicha cuasi una legua del camino y con dificultad se puede ir allá. A la banda de mediodía, algo más apartado del mismo camino, está un cerro altísimo o volcán en forma piramidal y aguzada, tan alto como la Sierra Nevada sobredicha, en cuya cumbre a la parte de oriente tiene una boca por la cual ordinariamente echa cada día por la mañana, y algunas veces mañana y tarde, gran cantidad de humo muy espeso y condensado, el cual, hecho una nube muy grande y muy gruesa, se suele extender y alejarse una y dos y más leguas a donde el viento le lleva; deste humo y fuego sale gran cantidad de ceniza con que está cubierto gran pedazo del mismo



volcán allá arriba junto a la boca, y aun a veces suele llevar el viento aquella ceniza cuando sale por la boca sobredicha y arrojarla media legua, y aun una y más, de allí. Hay en aquel volcán un secreto muy grande de naturaleza y no poco digno de ser considerado y es, que con echar este fuego cada día (que pocos son los que no le echa) y algunos días dos veces, muchas mañanas amanece nevado el volcán, y más, que del mismo volcán por la banda de mediodía, salen muchas fuentes, arroyos y ríos de aguas frías y muy delicadas. Un fraile subió con unos indios a ver aquella boca, pero era tanta la ceniza que allá había, que con dificultad se pudo acercar, y así vio muy poco. Lo que se dice es que la boca se va ensanchando cada día más, porque el fuego que abajo se enciende y arde, de que sale aquel humo, debe de ir consumiendo y gastando las piedras, con que se van derrumbando las de arriba para abajo, y ensanchándose la boca; tiene este volcán muy largas faldas y toma mucho campo. Con todo eso, le bajó el padre comisario dos veces en poco tiempo, sin otras muchas que anduvo gran parte de su circuito. Demás de este camino que va para México por aquel puerto, por entre la Sierra Nevada y volcán, como queda referido, hay otro que va por detrás de la sierra, que llaman el puerto de Tlalmanalco, el cual es más agrio y empinado y más malo de pasar, y así menos usado; más adelante hay otro más bajo y mejor, por el cual van las harrias y aún más adelante está otro poco seguido por donde también van las harrias, pero no es buen camino; tómanse desde junto a Calpulalpa y van a salir por la otra parte de Tezcuco a la banda del norte. Demás deste hay otro camino de rodeo por un portezuelo fácil de pasar, más al norte del sobredicho, y es por donde van desde Calpulalpa a Otumba y a San Juan Teotihuacán. Últimamente está el camino real de los carros más hacia el norte, el cual es llano como para carros, aunque de mucho rodeo; por Xuchimilco pueden también ir y van algunos a México por detrás del volcán dejándole a la banda del norte, pero hay muchas barrancas muy hondas y peligrosas.

Sabido pues esto será bien volver a Xuchimilco, donde el padre comisario había ya acabado la visita de aquel convento, y quería ir a los otros que le quedaban. Lunes pues, veintiuno de octubre salió de allí, y bajada una barranca y pasado por ella el río que como queda dicho se hace del remanente de la fuente y de los otros dos arroyos, y pasadas muchas labranzas de trigos que se riegan con el agua de aquel río y un poblecito y otra barranca y río, llegó finalmente, andadas tres leguas, al pueblo y convento de Cuauh-cachulan, donde fue recibido con mucha fiesta. Es aquel pueblo demasadamente cálido porque está metido en un valle aunque ancho y espacioso, entre muy altos cerros y sierras; tiene este valle una boca por la banda

de oriente sin cerro ninguno que sea alto. Danse en él muchas naranjas, limas, limones, cidras, aguacates, guayabos, plátanos, zapotes, dátiles y muchas cañas dulces, y hay mucha agua para regarlo todo. Solía haber en aquel pueblo más de veinte mil hombres de guerra y por las señales y vestigios de las casas se echa de ver que fue grande, pero ya es pequeño y tiene pocos indios, los cuales con los demás de aquella guardianía son mexicanos y caen en el obispado de Tlaxcalla. El convento está acabado con su iglesia, claustro, dormitorios y huerta, en la cual hay de las frutas sobredichas y mucha agua para regarla; la casa es de cal y canto y el primer suelo de bóveda. La vocación es de San Martín; moraban allí tres religiosos; visitólos el padre comisario y detúvose con ellos sólo aquel día. Aquella mañana cayó la bestia en que iba el padre comisario, tan repentinamente y con tanta furia, que dio de hocicos y puso la cabeza en el suelo; él, viendo esto, saltó por encima de la cabeza y dio de pies en tierra sin hacerse mal ninguno; lo cual se tuvo a grande dicha, y a no pequeña misericordia de Dios.

Martes veintidós de octubre salió el padre comisario de Cuauhchichulan, tierra calurosísima como queda dicho, y pasado un arroyo y subida una cuesta y andados como tres cuartos de legua, corría un viento tan fresco y hacía tan recio frío, que parece se quería llevar las narices; fue menester abrigarse todos bien para que no les hiciese mal según fue la diferencia de temple que en tan breve y corto espacio de tiempo y tierra hubo. Pasadas después algunas barranquillas y un arroyo, y el río de Atrisco que llevaba mucha agua, llegó el padre comisario al pueblo y convento de Atrisco, tres leguas de Cuauhchichulan, a tiempo que dijo misa; saliéronle a recibir muchos españoles y los indios asimesmo le hicieron fiesta. El convento se llama Santa María de Jesús, está acabado, con su iglesia, claustro alto y bajo, dormitorios y huerta; es convento antiguo y mediano, y está edificado en una ladera de un cerro, sobre la peña viva; súbese a él por muchos escalones y otros tantos se abajan y descienden para entrar en la huerta. Cerquita del convento en el mismo cerro, un poco más alto, hay una ermita muy devota de San Toribio y en la cumbre del cerro otra de San Miguel, en la cual el día de aquel santo arcángel se dice misa y sube a oírla todo el pueblo de los españoles, el cual está en lo llano y llámase la Villa de Carrión, pero los indios le llaman Atrisco o Acapetla-oacan. Está situado este pueblo en el más famoso valle de toda la Nueva España, el cual se puede todo regar y se riega, y así se coge en él infinidad de trigo: cuando nace uno siembran otro, otro está en berza, otro espiga, otro grana, otro está seco y lo siegan y otro tienen en las eras, y así casi siempre se saca trigo; certificaron al padre comisario que habían dado de

diezmo aquel año los de aquel valle, nueve mil hanegas de trigo; los españoles que allí habitan casi todos son labradores y gente muy devota de nuestro estado; tienen un clérigo por cura, mas con todo esto hacen a aquel convento muchas y muy grandes limosnas. Hay allí junto a la casa, en lo llano, unos pocos de indios a cargo de los frailes, y ellos y otros pocos más que hay en aquella guardianía son mexicanos y de la jurisdicción de Huexotzingo; todos, con el pueblo de los españoles, caen en el obispado de Tlaxcalla; moraban en aquel convento cuatro religiosos, visitólos el padre comisario y detúvose allí aquel día y el siguiente.

Jueves veinticuatro de octubre salió antes que amaneciese de Atrisco, y subidas unas cuestras llegó a un bonito río, pasóle por el vado junto a unos molinos, y pasado después un arroyo y unas cenaguillas, y andadas cuatro leguas no largas, llegó a decir misa al convento de San Andrés de Cholula, donde fue muy bien recibido. Está aquella casa fundada en la misma cibdad de Cholula, en un barrio della, casi media legua del convento principal; es una casita muy pequeña, sin iglesia; residen en ella dos religiosos, visitólos el padre comisario y detúvose con ellos hasta la tarde. Los indios de aquel barrio y de otros pueblos de aquella presidencia son cholultecas y hablan la lengua mexicana, gente toda muy devota, y caen en el obispado de Tlaxcalla.

El mismo jueves en la tarde se fue el padre comisario al convento principal de Cholula, que como dicho es, está media legua de allí y aun menos, todo poblado; hiciéronle los indios un recibimiento muy solemne. Es aquella cibdad muy populosa de indios mexicanos, tiene muy bien trazadas las calles y cásas, y éstas son de adobes y tapias y de ladrillos, de los cuales son casi todas las portadas; los indios son tratantes y hay entre ellos muchos mercaderes gruesos que van y vienen a Guatemala con sus mercaderías, y todos son devotísimos de nuestro estado, y hacen a aquel convento muchas limosnas muy de ordinario; ellos y los demás de la guardianía, que también hablan la lengua mexicana, caen en el obispado de Tlaxcalla. Moran allí en Cholula muchos españoles tratantes y mercaderes, y cógese en aquella cibdad y su comarca mucha grana. El convento es grande y bien edificado de cal y canto; está acabado, con su iglesia, claustro alto y bajo, dormitorios y huerta, a la cual entra un gran golpe de agua que riega la hortaliza y arboleda, entre la cual hay algunos nogales, duraznos, manzanos y otros árboles. Siempre residen allí muchos religiosos porque hay estudio de artes o de gramática; la vocación es de San Gabriel; visitóle el padre comisario y no se detuvo en él más de aquella tarde y el día siguiente porque le vinieron nuevas muy ciertas que el virrey

y su mujer entraban en Tlaxcalla aquel domingo, y se había de hallar en aquella cibdad a recibirle, en nuestro convento, con el provincial.

Pegada a nuestro convento de Cholula hicieron los indios una capilla muy grande de nueve naves, labradas todas de cal y canto y arquería, en que oyesen misa y sermón y se les administrasen los santos sacramentos; obra por cierto muy vistosa y galana, pero poco fija y menos fuerte, según pareció, porque una noche se hundieron todo los arcos y bóvedas, quedando en pie solos pilares y paredes como al presente están; hizo a todos grandísima lástima aquel suceso, pero tuviéronlo por beneficio muy señalado de Dios que se cayesen a tal hora, porque a cualquier hora del día que se cayeran no pudieran dejar de hacer muy grande daño, especial si fuera por la mañana, que es cuando acude infinidad de aquella gente a oír misa. Nunca hasta hoy se ha tornado a edificar aquella obra; solamente hay una capilla pequeña y en ella un altar.

Sábado veintiséis de octubre salió de Cholula el padre comisario al amanecer, y pasado un arroyo llegó a un río que iba dividido en dos brazos; el uno se pasó por el vado y el otro por una puente de madera bien angosta. Prosiguió después su viaje, y pasando por un pueblo llamado Santa Inés, visita de Topoyanco, y el arroyo que corre por junto al mismo Topoyanco por la puente de piedra que está en el camino que va a la Puebla de los Ángeles, y andadas cinco leguas, llegó antes de comer a la cibdad y convento de Tlaxcalla, donde se detuvo hasta el jueves siguiente, último de octubre. Contarse ha muy en suma algo de lo que en estos días pasó en aquella cibdad.

### [CAPÍTULO XIII]

#### *De la llegada de el virrey a Tlaxcalla, y recebimiento que los frailes le hicieron*

Domingo veintisiete de octubre, estando los indios de Tlaxcalla aguardando al virrey, que aquel día había de entrar en aquella cibdad, y teniendo hecho un castillo de madera de dos o tres altos, con muchos aposentos y retretes para pelear en él en hábito de soldados a su modo y a la española, contra otros indios en traje de chichimecas, cuando el virrey entrase en aquella cibdad, sin saber quién pusiese el fuego se encendió dicho castillo entre las doce y la una del día, y emprendió tan bien en la